

## NEW HISTORY, NOUVELLE HISTOIRE: HACIA UNA NUEVA HISTORIA

*Paz García Rojo*

La organización de cursos y seminarios de verano cuenta en la universidad española con una dilatada y fecunda tradición. A la pionera Universidad Internacional Menéndez Pelayo, con sede en Santander, están sucediendo en la actualidad la mayor parte de las restantes, en sedes diferentes a los habituales y más acordes con los rigores del estío. La programación de los cursos combina los debates sobre problemas de actualidad con los monográficos sobre cuestiones específicas de alto nivel científico, y son un foro de discusión en el que intervienen representantes tanto del mundo académico como del político, cultural, periodístico, económico, etc.

Tanto por la calidad de los ponentes, como por la trascendencia social de lo debatido, gracias a su amplia difusión a través de los medios de comunicación, puede decirse que en la actualidad los *Cursos de Verano* convocados por la Universidad Complutense de Madrid, en sus dos sedes de El Escorial y Almería, han desbancado la oferta de otras instituciones más veteranas en la organización de este tipo de encuentros.

Como muestra de la calidad e interés de los mismos puede servir de referencia el celebrado del 27 al 31 del pasado mes de julio, con el título *New History, Nouvelle Histoire: Hacia una nueva Historia*, bajo la dirección del prof. José Andrés-Gallego, catedrático de Historia Contemporánea e Investigador Científico del CSIC. El curso contaba con el aliciente añadido de reunir no sólo a historiadores, sino también a epistemólogos de la Historia y a filósofos, para reflexionar sobre el impacto de la crisis del racionalismo y de la llamada postmodernidad en el saber histórico. Podemos agrupar en cuatro apartados lo tratado, aun a riesgo de simplificar en exceso dada la riqueza y profundidad del debate: primeramente, la génesis y caracterización de lo que Lyotard ha definido como la “condición postmoderna”; en segundo lugar, cómo este cambio incide en la orientación de la investigación histórica, especialmente en la *Nouvelle Histoire*; nuevos enfoques de historias especializadas (Historia política, social y de la cultura); por último,

problemas aún abiertos (necesidad de una nueva síntesis, objetividad del conocimiento histórico, historia narrativa versus historia analítica, las nuevas técnicas de la investigación...).

El prof. Bronislaw Geremek, de la Academia Polaca de las Ciencias, caracterizó la llamada *Modernidad* por sus dos pilares básicos: la idea de progreso y la confianza en la razón. Este proceso de racionalización se iniciaría con la revolución científica del XVII, el triunfo de la Ilustración en el XVIII, el desarrollo del método científico con el positivismo del XIX y la formulación de las grandes metateorías unicasuales y con pretensión de globalidad de nuestro siglo. La búsqueda de las reglas de funcionamiento, de las generalidades, rectoras de la realidad (natural y también social), respondía a la confianza en la inteligibilidad del sistema y en su funcionamiento según una lógica rigurosa y una clave interpretativa que era posible descubrir, y que permitiría predecirlo y controlarlo.

A lo largo del presente siglo las grandes teorizaciones, las ideologías explicativas movilizadoras de la acción política — considerada como instrumento acelerador del progreso — finalmente han caído en descrédito. Como apuntó el prof. Luis de Llera, de la Università degli Studi di Trento, así sucedió con la creencia en los fascismos frente al liberalismo desigual y corrupto, con el derrumbamiento de la utopía comunista y del papel regenerador de la clase proletaria, y finalmente con la crisis de la democracia tras la caída de los ideales de resistencia al fascismo. Así en la década de los sesenta, en medio de la bonanza económica del estado del bienestar, se hizo patente el desencanto del hombre occidental y la crisis de su cultura, del racionalismo, al tiempo que nuevos movimientos sociales (feminismo, ecologismo, pacifismo...) parecían buscar una alternativa. El prof. Andrés Gallego apuntaba que no por casualidad la *New History* se fraguó primero en Estados Unidos y luego en la Francia de mayo del 68.

La reciente convulsión en los países del llamado socialismo real viene a corroborar este fracaso de las teorías explicativas unicasuales, totalizadoras y con pretensiones de universalidad. La crisis del racionalismo ha propiciado el abandono de un *corpus* doctrinal homogéneo, unánimemente aceptado o impuesto, para dejar paso a un notable pluralismo y a su doble derivación de tolerancia y relativismo. ¿Cómo ha influido este proceso en la concepción de la Historia? El postmodernismo vendría caracterizado por su rechazo a la idea de comunidad de destino y de identidad cultural, según Jörn Rüsen, catedrático de la Bielefeld Universität Si durante la Modernidad se acuñó el concepto de Historia como continuidad temporal, en el postmodernismo el pasado es autosignificante y desligado del presente. No se podría hablar de la Historia sino de historias, imágenes y ficciones como retazos del pasado. El pasado sólo se podría recrear, pero no comprender, y en todo caso no se podría buscar en él respuestas a problemas del presente. Se niega en suma la idea de desarrollo como *continuum*.

Esta concepción de la Historia — o de la historiografía para ser exactos — explica el rechazo postmoderno ante el método histórico académico pues renuncia de antemano al análisis e interpretación del pasado, ya que nada tiene que ver con nuestro presente. Esto explicaría la preferencia por la historia narrativa, por la descripción densa y el relato como formas de recrear el pasado; de ahí también el recurso a lo irracional, lo emotivo, inconsciente y marginal en la historia y la preferencia por el tiempo corto y los microespacios. Es el *pensamiento débil*, valero de la estética más que del análisis racional.

Esta renovación en los temas no deja de ser estimulante para el investigador. El prof. Morales Moya, de la Universidad de Salamanca, analizó en su ponencia la producción historiográfica de 1991, y llamó la atención sobre su variedad temática, hasta el punto de que todo parece susceptible de Historia (sentimientos, costumbres, mitos, valores, individuos y lugares concretos...). Se observa un interés por atender lo individual dentro de los fenómenos colectivos, se recupera la biografía frente a la historia de masas. En suma, una multiplicidad temática sin duda positiva pero, por contra, una falta de referencias a teorías globales explicativas — o metarelatos — que pudiera derivar en la mera vanalidad, en el esteticismo.

Si el historiador parte en su estudio sobre el pasado de una preocupación por los intereses de su tiempo presente no es difícil comprender que la evolución descrita — el paso de la Modernidad a la Postmodernidad — haya tenido su correlato en la investigación histórica. La transformación de los métodos, objetos de estudio, formas de representación y finalidad del saber histórico quedarán mejor de manifiesto si observamos el proceso experimentado en algunas parcelas concretas del saber histórico.

Los profs. Geremek y Pérez Ledesma presentaron la transformación de la llamada Historia Social. En la primera mitad del XX asistimos a la “entrada de los grupos en la historia” frente al interés positivista por los acontecimientos y las individualidades o los héroes como protagonistas de la Historia. Los trabajos de K. Lamprett, L. Febvre y M. Bloch fueron exponentes de ello. El determinismo economicista — por influencia del materialismo histórico — como explicación de las acciones colectivas influyó en los intentos de cuantificación de lo social. Posteriormente, en la década de los sesenta este neopositivismo fue cuestionado; la recepción de la sociología diversificó los temas y el sujeto de estudio, que en adelante serían los grupos y su sociabilidad, y ya no las clases.

En la actualidad, la Historia social está recibiendo influencias dispares. La caída de los regímenes comunistas orilla el protagonismo de los estudios sobre movimiento obrero, antes tan habituales. El desarrollo de nuevos movimientos sociales reclama una historia propia (tal es el caso de la Historia de género por el auge del feminismo, o las historias de las minorías étnicas, de los nacionalismos, de los marginados...). El creciente individualismo, desmovilización políticas y deserción de lo público en nuestra sociedad explican también la proliferación de estudios sobre vida cotidiana, familia, hábitos,... La filiación, en definitiva, ya no se entiende como pertenencia a una clase o grupo socioeconómico, sino como comunión de interés y valores.

El prof. Alberto Cova, de la Universidad Católica de Milán, en su ponencia sobre las nuevas orientaciones de los estudios italianos de historia del movimiento católico, dio muestras de la renovación que supone revisar a la luz de la *New History* incluso fuentes hemerográficas ya conocidas. El estudio del lenguaje, la semántica cualitativa y las investigaciones interdisciplinarias están demostrando su fecundidad.

Profundo ha sido también el replanteamiento de la Historia Cultural. La ponencia del profesor E. Sivan, de la Hebrew University of Jerusalem, con el expresivo título *Historia de la Cultura, la superación de lo cuantitativo*, mostró en efecto la evolución desde el estudio de las grandes ideologías y de las élites intelectuales al interés actual por las mayorías comunes; o desde los intentos de M. Vovelle por cuantificar la religiosidad (utilizando las mandas pías, los testamentos e iconos como indicadores) hasta el interés actual por la capacidad movilizadora de los mitos y los símbolos, que parecen revelarse más eficaces que el recurso a la razón.

Las conexiones entre Antropología, Etnología e Historia fueron abordados por el profesor Carbonell, de la Université Paul Valéry de Montpellier, quien caracterizó la *Nouvelle Histoire* como una antropología histórica, surgida en Francia en la década de los setenta con los trabajos de F. Furet y J. Le Goff. Ambas disciplinas compartirían en su opinión el interés por una nueva temporalidad (la de los hechos no extraordinarios, los gestos repetidos, los rituales), una preferencia por el ámbito rural y una nueva configuración social articulada, como apuntó Otto Bruner, en torno a la familia y las relaciones afectivas o profesionales, y no a la clase. La Antropología se ocupa de la continuidad y de lo que permanece del pasado en el presente, admitiendo por tanto una filiación genética de conceptos entre ambos; lo cual se opone a la negación de la continuidad temporal y a la pérdida de la noción de unidad de sentido características de la postmodernidad.

La *Nouvelle Histoire* aborda el estudio de la Historia Política desde nuevas perspectivas, explicadas por Xavier Guerra, catedrático de la Sorbonne. Si en la década de los sesenta fue marginada la historia evenemencial en favor de los estudios de tipo socioeconómicos y de *longue durée*, y las clases eran consideradas como los actores de la política, en la actualidad asistimos a un replanteamiento del tema. La crítica a la escuela de “Annales” por su incapacidad de explicar los acontecimientos sólo con causas socioeconómicas; el papel del voluntarismo político, la incidencia de la política internacional, los problemas de adscripción de los individuos a los grupos y su movilidad han acabado con el mito de las acciones colectivas. Para el caso español J. Tusell apuntó la necesidad de estudiar la historia de las ideas políticas, un nuevo enfoque de la biografía, el funcionamiento de las instituciones en su práctica más que en su forma, los mecanismos de formación de la opinión pública y de las representaciones mentales, una prosopografía de los gobernantes...

En una mesa redonda los profesores Guerra, O. Ruiz Manjón e Ignacio Olábarri debatieron sobre la política como núcleo de la síntesis histórica, según la conocida tesis de L. Stone de que sólo el Estado — la Historia política, por ende — sería capaz de articular una síntesis de Historia universal.

Quedaron abiertas al debate la capacidad del relato para realizar esa síntesis, esa pretensión de historia total. La reciente vuelta a la narrativa —propugnada por el ya citado Lawrence Stone y criticada por E. Hobsbawm —, fue revisada por J. Álvarez Junco y Santos Juliá, entre otros. La preferencia de la posthistoria por el relato, por la recreación del pasado buscando la empatía choca injustificadamente con las exigencias de la historia analítica. El conflicto en realidad no lo es, ya que el relato presupone explicación y por tanto argumentación y análisis. Se apuntaron los intentos de G. Duby, N. Z. Davies, C. Cipolla o C. Ginzburg en esta línea.

Otro tema controvertido fue el de la objetividad en el conocimiento histórico. Los filósofos J. de Garay y R. Yepes participaron con el historiador J. Aróstegui en una interesante mesa redonda sobre el tema. La pretensión de Piaget de que el sujeto debe descentrarse de su objeto de estudio y la réplica de N. Elias sobre la imposibilidad de ello son muestra de la polémica siempre abierta. La crisis del racionalismo parece ir en contra de la creencia en la unidad esencial del género humano, y por tanto en la posibilidad de comprender otras formas de pensar (pasadas y presentes), y por tanto, toda supuesta objetividad. Julio Aróstegui planteó el problema de que todo conocimiento científico de lo social es una convención pues en última instancia su objetividad y validez viene dictada por su aceptación o rechazo por parte de la comunidad científica. El problema sería una cuestión de método más que de mera voluntad.

Por último, las nuevas técnicas de investigación, en especial el uso de la informática, sus limitaciones, riesgos y posibilidades fueron comentadas por los profesores Cova, Rodríguez de las Heras y J. Donézar.

Así pues, la revolución historiográfica de 1960 a nuestros días plantea un nuevo reto: la necesaria renovación de las síntesis clásicas de historia, que deberán incluir los nuevos temas, aquellos que responden a una sociedad que busca salir de la crisis cultural en la que se halla inmersa.

